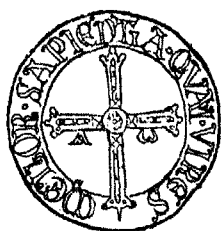


DIPUTACION PROVINCIAL DE ASTURIAS

BOLETIN DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS ASTURIANOS



Año XII

OVIEDO 1958

Núm. XXXIV

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Desembarco y estancia de Carlos I en Villaviciosa de Asturias, por <i>F. Señas Encinas</i>	177
El Chantre D. Rodrigo de Hevia, por los <i>M. J. Sres. D. José Cuesta Fernández y D. Moisés Díaz Caneja</i>	208
Documenta:—Oviedo arregla sus calles.....	220
...Y Asturias solicita que se arreglen los caminos a León.....	231
Salutación «IMPERATOR XX» DE AUGUSTO, según la inscripción del Cabo Torres (CIL II, 2703), por <i>D. Francisco Diego Santos</i>	234
Pedro Canel Acevedo, impugnador de Alvaro Flórez Estrada, por <i>don Luis Alfonso Martínez Cachero</i>	242
Generalidades sobre los fertilizantes en la agricultura tradicional asturiana, por <i>D. José Luis Pérez de Castro</i>	264
Romances de la tierra someñana, por <i>José María Feito</i>	288
Notas a «Belarmino y Apolonio», de Pérez de Ayala, por <i>María del Carmen Bobes</i>	305
Nuestros lutos.—Manuel Álvarez Laviada, por <i>E. Pérez Comendador</i> ...	321
«El Padre Albino», por <i>M. Valero</i>	326
VIDA CULTURAL	
Carlos I en Asturias.....	328
La pintura mural asturiana de los siglos IX y X, por <i>Juan Antonio Gaya Nuño</i> ...	330
Contribución al vocabulario del bable occidental, por <i>J. Neira</i>	333
La Fuente del Cay, por <i>M. Valero</i>	336
Cuentos asturianos, por <i>M. V.</i>	338
Hacia la Ría del Eo. Ensayos de amor y simpatía, por <i>Vicente Loriente Cancio</i>	339
La reivindicación de Campoamor, por <i>C. Cabal</i>	341

PRECIO DE SUSCRIPCION

España, **60** pesetas año. Extranjero, **65** pesetas año. Número suelto:
25 pesetas

Dirección: **Plaza Porlier**

Depósito Legal. O. 43 —1958

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

Año XII

Oviedo-Agosto 1958

N.º XXXIV

DESEMBARCO Y ESTANCIA DE CARLOS I EN VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

POR

F. SEÑAS ENCINAS

El próximo mes de Septiembre, y justamente el día de San Mateo, se cumple el IV Centenario de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania, en su austero retiro del monasterio Jerónimo de Yuste, encubierto en lo más frondoso y agreste de la comarca norteña de la Vera, de la alta Extremadura, no muy distante de Plasencia, la torreada y señorial ciudad cacereña. Allí, tras heroico renunciamento a las pompas y vanidades de este mundo, por creer muy de veras en el *otro*, dándonos a todos un gran ejemplo de sabiduría y humildad y dejando en pos de sí una relevante memoria tan incorruptible como su cuerpo, acabó sus días el monarca español que fué en su tiempo el soberano más poderoso del mundo occidental, el “alférez de Cristo Crucificado”, como gustaba de apellidarse.

Asturias no puede ser ajena a la conmemoración de esa fecha, por haber sido nuestra tierra, gracias a un dichoso azar, —la historia es a menudo un tejido de azarosos acontecimientos que se sustraen al imperio de la voluntad humana—la primera del

solar hispano que holló con su regia planta el príncipe Carlos, joven entonces de diecisiete años, cuando vino, en virtud de disposición testamentaria de sus abuelos maternos Fernando e Isabel, a ceñir la corona de Castilla y Aragón, con "todas sus pertenencias y adherencias", aun en vida de su madre doña Juana, la legítima heredera.

Tal es el motivo de que se publique este trabajo.

PREPARATIVOS DEL VIAJE

De tanto esperar a Carlos, con reiteradas promesas de una parte y apremiantes instancias de otra, los castellanos o, mejor dicho ya, los españoles, comenzaban a desesperar. Por fin, tras vicisitudes sin cuento que sería prolijo referir, Carlos de Austria o de Gante, soberano de Flandes, que iba a ser el "primer rey de España", consumando definitivamente la unidad nacional—de ahora en adelante no más reyes de Castilla, de Aragón, de Navarra, sino sólo reyes de España—aprestábase a realizar a sus países de allende el viaje tan esperado y deseado por unos y tan temido por otros, a saber, los partidarios de su hermano el infante don Fernando, al cabo de año y medio que finara su abuelo materno DON FERNANDO EL CATOLICO. Y ese primer rey de España, después de los Reyes Católicos, tan enraizados en la entraña nacional, iba a ser, por ironía del destino, un príncipe extranjero. Su mismo nombre—Carlos—era extraño a la nómina regia de los Alfonsos y Fernandos, los Sanchos y los Enriques. Nacido, además, fuera de España, "criado y educado dulcemente entre los flamencos", como por él declaraba una vez el "alter rex" Juan de Sauvage, su canciller—, a la inversa de su hermano Fernando—, penetrado hondamente su espíritu por las radiaciones de la cultura francesa y con un desconocimiento absoluto de la lengua y las costumbres del país que le tocaba regir, resultaba ser la figura más contrapuesta a las esencias tradicionales de la patria del Cid. Sin embargo, la prolongada experien-

cia de gobierno y el influjo del nuevo medio acabaron por identificarle con los ideales de nuestro pueblo y hacer de él con el tiempo un monarca tan español como europeo, aunque más europeo que español.

¿Cómo iba a realizarse el viaje, por mar o por tierra? Carlos se mostraba indeciso. El rey de Francia, Francisco I—cuando aun eran amigos y no rivales—le aconsejaba lo efectuara por tierra, a fin de evitar los riesgos pόνticos a que se expusiera su difunto padre el rey Felipe, ya que la travesía era diuturna y peligrosa, y, para facilitarle la puesta en práctica del consejo, la cortesía gala ofrecíale paso franco por sus dominios con todo el séquito que le placiera llevar, donde sería “ con tan buen gusto visto del rey y todos sus nobles como jamás príncipe lo fué”. Carlos, el fracasado yerno, agradeció los buenos oficios del monarca francés y después de consultar, como había por costumbre, con su abuelo paterno el emperador de Alemania Maximiliano, decidió realizarlo por mar.

Se ignora la verdadera causa de haberse demorado tanto este viaje de innegable importancia. Ya, al poco tiempo de fallecer D. Fernando de Aragón, en enero de 1516, varios personajes e hijos de grandes señores de España, acompañados de muchos caballeros—entre los que se contaba el Corregidor de la ciudad de Oviedo y del Principado de Asturias, Don Pedro Manrique de Lara, quien presupuestara para gastos de jornada 3.500 ducados, —salieron de Castilla y llegaron a Flandes para besar las manos a su nuevo señor el Rey Don Carlos y traerle, a ser posible, consigo. Mas parece ser que graves negocios de Estado e impedimentos sobrevenidos impensadamente obligaron a Carlos a retrasar el viaje más de lo debido. Y así, en prolongada y penosa incertidumbre por parte y parte, transcurrió todo el año de 1516 y casi la mitad del 1517, hasta que, sin más dilación, resolvió el rey convocar a los diputados de los estados de su país a una asamblea, que hubo de celebrarse en su ciudad natal de Gante el 21 de junio, con el exclusivo objeto de despedirse de

sus súbditos. Fué un acto emocionante en que se nublaron de lágrimas los ojos de la mayoría de los concurrentes. Tan apreciado y querido era Carlos de los flamencos.

Despedida la asamblea, y dispuesto ya a preparar la partida, el rey, a principios de julio, se trasladó desde Brujas a la isla de Walcheren, de la provincia de Zelanda, perteneciente a la Holanda flamenca. Allí se instaló en la ciudad de Middelburgo, hoy capital de Zelanda, y ordenó que en dicho lugar se concentrasen cuantos fueran elegidos para formar parte de su, por cierto, crecida comitiva, yendo bien provistos de sus respectivos equipajes, para embarcarse tan pronto como soplase un viento favorable, que tan sujeto estaba aun el hombre a Natura. Y en espera de que Eolo se dignase prodigarles un soplo benéfico transcurrieron dos meses—julio y agosto—, durante los cuales el rey y sus acompañantes, para distraerse, solían efectuar excursiones en barcas, desde Middelburgo a Arnemuiden, donde se estaba reuniendo con toda presteza la flota que había de conducirles a España. Llegó el día 5 de Septiembre, sin la menor apariencia de viento propicio, por lo que empezó a circular el rumor, cada vez más insistente, de que, por este año, hallándose la estación tan avanzada, se suspendería de nuevo la expedición marítima. Pero, como no dura siempre lo malo ni lo bueno, de noche se tornó el viento tan próspero que los pilotos se apresuraron a entrevistarse con Carlos en la mañana del día siguiente, domingo, 6 de Septiembre, a fin de que, si no surgían otros inconvenientes, decidiese en breve la marcha. — “No pedimos, Señor, más de seis días de este buen viento—le manifestaban los pilotos— para, con la ayuda de Dios y Santa María, entregarle en sus países de allende”.

Tras corta deliberación, Carlos ordenó que al día siguiente, lunes, 7 de Septiembre, y antes de la puesta del sol, todos estuviesen con sus barcos en el puerto de Flessinga, adonde él iría a embarcarse. Flessinga, ese gran puerto holandés de la provincia de Zelanda, en la costa meridional de la isla de Walcheren,

y que era la ciudad que seguía en importancia a la de Middelburgo, entonces residencia temporal del rey.

EL EMBARQUE

Excusado es decir, el ajetreo que hubo, durante todo el santo domingo, tanto en Middelburgo, como en Arnemuident, frente al cual yacían anclados los navíos, para transportar apresuradamente los bagajes a bordo y aprovisionar la flota.

El lunes, pues, víspera de la Natividad de Nuestra Señora, salieron de Arnemuident, a la meridiana, el medio centenar de bajeles allí retenidos con el fin de estar a buena hora en el puerto y abra de Flessinga. Desde Middelburgo llegaron, por la tarde, el rey y su hermana doña Leonor, las señoras y señoritas de la corte y todos los nobles y grandes señores que le acompañaban, embarcándose, conforme a lo dispuesto, al ponerse el sol, y no saliendo de sus barcos hasta que estuvieron en España.

Digna de verse era aquella considerable flota, compuesta de unos cuarenta poderosos navíos y de otras embarcaciones ligeras, aguardando delante de Flessinga, —esa pistola apuntada al corazón de Inglaterra, como dicen que dijo un día Napoleón Bonaparte, —para largar vela al amanecer.

En la Nao Real se embarcaron con S. M.—no es propio llamarle así, puesto que sólo después de recaer en él la corona imperial comenzó Carlos a recibir el tratamiento de MAJESTAD, nunca usado por los reyes de Castilla—su hermana, doña Leonor, Guillermo de Croy, señor de Chièvres, y otros señores flamencos, varios caballeros de la Orden del Toison de Oro, monseñor de Amont, confesor del rey, el obispo de Badajoz, doctor Pedro Ruiz de Mota, clérigo español, elocuente y conocedor de varios idiomas y que, después de Chièvres, era quien ejercía mayor influencia sobre Carlos, don García de Padilla, el mayordomo Mouserón, el contador Pedro Boisot, las damas y damitas de la corte con sus correspondientes camareras, secretarios, como don An-

tonio de Villegas, médicos, gentiles hombres de cámara y oficiales del rey, trompetas, flautas y tamboriles, con una veintena de arqueros de corps, pilotos, bombarderos y servidores del barco; en total, trescientas personas. ¡Ah! Iba asimismo en la Nao Real un personaje muy importante para nosotros, aunque cerca de su señor desempeñase humildes menesteres, como estar al cuidado del guardarropa del rey—todos sus buenos trajes, sayos y jubones—y servirle para tener por el manto o la capa, cuando se los ponía o quitaba, como si fuera una percha, por lo que solía llamarse, no sin razón, “indigne serviteur domestique”. Aludimos, claro es, a Laurent Vital o Lorenzo Vital, el minucioso cronista de este viaje, que narra con sencillez e ingenuidad todas las cosas que vió, y cuenta las que no vió “lo más aproximadas a la verdad y según llegaron a su conocimiento”. Apoyándonos principalmente en Vital, vamos a trazar ahora una sucinta reseña de esta sonada expedición marítima, empleando la forma de dietario o efemérides para mayor claridad.

LA PARTIDA

Martes, 8, y primer día del viaje. Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. La Nao Real, con arreglo a las Ordenanzas, dispara tres cañonazos y uno el barco del almirante, señal convenida para que todos los navíos de la flota se den a la vela.

De la flotilla de barcos ligeros con que contaba la armada ya habían salido algunos la noche anterior para explorar el paso de Calais y señalar la derrota.

El navío del rey zarpa de Flessinga, a las cinco de la mañana, a poco trecho del barco del almirante que llevaba la delantera, y seguido del resto de las unidades. Los súbditos del país de Zelanda habíanse reunido en los pasos, puertos y a lo largo de las dunas para ver pasar al rey. Todos estaban con el corazón oprimido, los ojos lacrimosos, lamentándose las mujeres por sus maridos, los hijos por sus padres, las muchachas por sus ami-

gos, mientras las personas devotas no dejaban de elevar al cielo fervientes súplicas para que Dios librase a su buen príncipe de los riesgos de un mar tan proceloso.

Viento en popa, a toda vela, tanto avanzaron el primer día—Nuestra Señora les dispensaba su protección—que, al promediar éste, hallábanse entre Dover y Calais, no habiendo encontrado dificultades en los bancos de Flandes ni en el paso del estrecho y penetrando seguidamente en el canal de La Mancha.

Miércoles, 9, y segundo día del viaje. Al rayar el alba habían rebasado la costa de Inglaterra.

Jueves, 10, tercer día del viaje. Se encontraban más allá de Cornualles, aproximándose a la mitad del camino de España. Surcaban ya las aguas celestinas del Atlántico, el mar Tenebroso de los antiguos, aguas claras y de un azul celeste que contrastaban con las blancuzcas y glaucas de los días anteriores. Causa de admiración era contemplar, en pleno Océano, aquella cuantiosa flota desplegada ordenadamente en dos alas, a modo del vuelo de las grullas, pues las naves del rey y del almirante formaban la punta. Izadas las velas de todos los barcos no parecían ser de lejos sino otros tantos castillos flotantes. Los pilotos, altamente satisfechos, esperaban que de seguir aquella bonanza, el sábado o el domingo abordarían a las riberas del mar de Castilla, en la provincia de Santander.

AGUA Y CIELO

La vida a bordo resultaba bastante monótona y aburrida. Navegaban entre dos cielos. A cualquier lado que se mirase ofrecíase el mismo espectáculo con escasas variaciones. Carlos, bien arropado para resguardarse de los impetuosos vientos marinos, dirigía de vez en cuando la vista a los barcos de su armada que le seguían en dos alas; otras veces se distraía oyendo las bufonadas de su menino Juan Bobín que, a menudo, le incitaban a la risa, de que tan parco era, y los demás señores del séquito,

cansados de tanta agua y tanto cielo, pasaban el resto del tiempo leyendo las crónicas o jugando a las cartas, al ajedrez o las damas.

Anochece el jueves y se estaba ya a unas cincuenta leguas sobre el mar de España o mar Cantábrico, rumbo al Golfo de Vizcaya, cuando de pronto se trocó el buen viento en viento contrario.

Viernes, 11, cuarto día del viaje. Lucha denodada contra el viento y las enormes olas, altas como montañas, que baten con furia la nave.

Sábado, 12, quinto día del viaje. Al amanecer, más bien que avanzar un cuarto de legua se habían retrocedido más de veinte. A eso de las cinco de la tarde, cerca ya de la noche, se desencadena una horrible borrasca que a poco hace zozobrar las naves. Carlos prometió entonces que, apenas llegado a tierra, y tan pronto como la peste hubiera cesado, iría a servir a Dios y visitar Santiago de Galicia.

Domingo, 13, sexto día del viaje. Comenzó a ceder la tormenta y a amainar el viento, pero seguía éste tan contrario que no podía ser peor para abordar a Castilla. Dos barcos de la flota de tal modo habían sido retrocedidos por los embates de la galerna y echados en alta mar hacia el Norte, que quedaban, por completo, fuera de ruta.

Lunes, 14, séptimo día del viaje. Celébranse consultas, a las que son llamados los pilotos y maestros marineros, para resolver si se debe seguir navegando contra el viento enemigo o tomar puerto en la próxima tierra o volverse a Flandes. Los pilotos manifestaron que albergaban la esperanza de que el viento cambiase dentro de dos o tres días, siendo más favorable que hasta ahora, por la renovación de la luna, y que, de no ocurrir así, siguiendo como al presente y con la ayuda de Dios, podrían en veinticuatro horas abordar al puerto que quisieran, bien fuese en Inglaterra, o en las islas Sorlingas (Scilly) al SO. de Cornualles, o en Belle-Ile, de la Bretaña francesa. Estaban aun bas-

tante lejos de la tierra a donde se dirigían, cerca de la mitad del mar Cantábrico, más bien tirando hacia el Norte. Por la tarde sobrevino una gran calma. Durante ella, al igual que otras veces, dejáronse ver variados peces que jugueteaban y saltaban fuera del agua. Para entretenerlos y que no se alejasen, el rey hizo tocar las trompetas, lo que motivó el que se presentasen cada vez en mayor número y muy próximos al barco, como si oyesen con gusto el concierto trompeteril. No es que fuesen peces filarmónicos, sino que, como se sabe, al tener el sentido del oído muy desarrollado, son los peces muy sensibles a toda clase de sonidos. Por cierto que Vital cita principalmente, entre estos peces, a los delfines, que no son sino mamíferos marinos que suelen servir de escolta a los barcos por lo que de ellos puedan arrojarse.

Martes, 15, octavo día del viaje. Viento flojo que sólo permite avanzar unas quince leguas en veinticuatro horas.

Miércoles, 16, noveno día del viaje. Se oye decir en la Nao Real que se está a cien leguas de Vizcaya, aunque, a causa del retroceso sufrido por la tormenta y los vientos adversos, no se sabe a ciencia cierta.

Jueves, 17, décimo día del viaje. Calma chicha. Los señores y gentiles hombres salen de sus barcos a "salearse". Se meten en botes para ir a saludar al rey, a su hermana y a las otras damas y damiselas de la corte; del mismo modo, de unos barcos a otros los amigos van a visitarse. Los pilotos y maestros marineros de Castilla y Vizcaya estiman, por sus cálculos, que no se hará esperar mucho el tiempo de comenzar a ver tierra, lo que alegra el corazón de los pasajeros. Cansados de tanta agua, todos sentían ya la nostalgia de la tierra. El rey promete dar vino a aquél que primero la vea y la anuncie. Con tal objeto algunos se ponen en lo más alto de las cofas para otear el horizonte. Por más que se desojan nada ven. Debido a la calma, la noche del jueves no se avanzaron más que dos leguas.

¡TIERRA!

Viernes, 18, undécimo del viaje. Ya desde el alba, varios marineros de la Nao Real clavaban con ahínco su vista perspicaz en unos puntos lejanos y borrosos que tan pronto semejaban blancas crestas de rocas, como nubes, acabando por insinuarse la duda en el ánimo de los más prudentes. Fué a eso de las ocho de la mañana cuando un marinero, que no se creía víctima de apariencias engañosas, solicitó hablar al rey. Carlos se hallaba ya vestido y dispuesto para salir de su cámara y, al ser advertido de su venida, le mandó entrar en ella. Después de hacerle la reverencia debida, el marinero, dijo al rey:—Señor, he visto la tierra de Vizcaya.

El monarca se mostró muy complacido, así como los señores de su séquito. Inmediatamente Carlos ordenó se le diese el vino ofrecido y le preguntó cuánta distancia podría haber hasta allí, contestando el afortunado nauta que no habría menos de treinta y ocho o cuarenta leguas, pero que, a causa de que el viento era tan flojo, no sería hoy, sino mañana, por la tarde, cuando allá llegasen.

No obstante la seguridad con que hablara este hombre de mar, muchos se mostraban aun escépticos, entablándose grandes discusiones sobre el particular y hasta formalizándose apuestas.

Uno de los pilotos más experimentados que iban en la Nao Real, el zelandés Juan Cornille, que con anterioridad había llevado al rey Felipe por mar a Castilla—, el segundo viaje de Felipe el “Hermoso” a España, en 1506—, hablando confidencialmente con Lorenzo Vital, nuestro cronista, le decía: Es cierto que ahora se ve tierra, pero no es la de Vizcaya. Los pilotos y marineros de Vizcaya yerran en sus cálculos por no tener en cuenta que los vientos contrarios hicieron retroceder a las naves más de cincuenta leguas. Las rocas y montañas que se ven, si bien parecidas unas a otras, no son las de Vizcaya, sino las de Asturias, *adonde*, sin querer, nos dirigimos ahora. Y acordaos mañana de lo que os digo.

En efecto, lo que alcanzaban a ver tal vez eran los picos del macizo central de las llamadas Peñas de Europa, bien conocidas de todo navegante, lo más sobresaliente de la cordillera cántabro-astur, lo primero que se divisa desde los navíos que regresan de América con rumbo a los puertos de Europa. Quizás Torre de Cerredo o Peña Vieja.

Los pilotos vizcaínos persistían en la creencia, a medida que se apropiaban a ellas, de que las próceres montañas que con sus acusadas formas se presentaban a la vista de todos pertenecían a su tierra nativa y les daban sus respectivos nombres. "Aquella se llama así, y aquella otra de esta otra manera".

Llegó la noche y los pasajeros y tripulantes, un poco inquietos, se entregaron a pensamientos varios, pero siempre esperanzados de hallar al día siguiente, por la mañana, la tierra tan deseada.

Sábado, 19, y duodécimo del viaje. Los pilotos y marineros vizcaínos se iban convenciendo de que se encontraban frente a las montañas y costas de Asturias, y no las de Vizcaya, cuarenta o cincuenta leguas más allá. Como no podía menos de suceder, se mostraban avergonzados, ya que, en vez de llevarlo a la tierra que deseaban, con lo que obtendrían el honor y galardón merecidos, "habían llevado a este noble y poderoso príncipe a un país como desierto e inhabitable y donde jamás llegó príncipe alguno".

Juan Cornille tenía razón.

Habían llegado, en efecto, a las Asturias de Oviedo, después de doce días de navegación.

Rara casualidad la de que, habiendo partido las naos de Flandes, el 8 de septiembre, festividad de la Virgen de Covadonga, hubiesen llegado casualmente a la bendita tierra de la *Santina*, contra todo designio y cálculo de los pilotos. Si entre los montañeses y vizcaínos de la tripulación figurara algún paisano nuestro, lo que no sería nada extraño, bien podría expresar su contento prorrumpiendo como en la copla ancestral:

—Santa María,
en el cielo hay una estrella
que a los asturianos guía...!

Cuando el rey fué advertido del error de sus pilotos se le fué a preguntar si quería más esperar mejor viento para dirigirse a Sainte Andere (Santander)—donde se habían ya hecho los preparativos para su recibimiento oficial—o tomar puerto y tierra. Estaban entonces las naos a la vista de la amplia rada o ensenada de la costa astur que configuran las puntas de Tazonos y de Rodiles. Tras breve deliberación, el rey aceptó el consejo de tomar tierra cuanto antes. Foronda, que en sus "Estancias y viajes del emperador Carlos V..." publica una relación del viaje de Laurent Vital y que, en lo referente a Asturias, se halla bastante alterada, por no concordar con los textos originales, dice a este respecto que el sábado "se discutió si convenía torcer para Santander, o encaminarse a Santiago, o desembarcar allí mismo, resolviendo esto último para evitar que un viento contrario retardase el arribo, por ser prudente tomar tierra en el primer punto que, sin peligro, se presentara". Pedro Mártir de Anghiera o Angleria, en su *Opus epistolarum*, que es una especie de Historia de España, en forma epistolar, desde el año 1488 al 1525, afirma que "los nautas, concedores de aquellos litorales deseaban ir al vecino puerto de Gijón, lo que no les fué consentido por los vientos adversos". "Vicinum Gigionis portum nautae illorum littorum gnari optabant: non licuit per adversantes ventos". Se estaba entonces como a unas seis leguas de la costa. Acto continuo se cursaron órdenes para que se prepararan las pinazas y botes. Los marineros, por medio de grúas y a fuerza de brazos, sacaron de la Nao Real un gran bote o falúa y lo lanzaron al agua, operación en que invirtieron cerca de dos horas.

Mientras limpiaban y aderezaban el bote o falúa con tapices, cojines y banderas que ostentaban las armas del rey de Castilla,

la flota se había acercado tanto a tierra que apenas distaba de ella dos tiros de arco. Se hallaban poco más o menos frente a La Atalaya, sitio intermedio entre El Puntal y Tazones, el "refugio manso y bonible de Tazones", aldea y pequeño puerto — a un cuarto de legua aproximadamente— en el cual no se quiso desembarcar por no creerle paraje apto para alojar a tanta gente distinguida, y porque además sabían que a dos leguas de donde estaban existía una puebla que, aunque de exiguo vecindario, les ofrecería mayores comodidades que el lugar antes citado. Se comunicó, en consecuencia, al rey que para salir de tan apurada situación no había otro remedio que dirigirse a una villa conocida con el nombre de Villaviciosa y desembarcar allí. Inmediatamente los furrieles pasaron a las pinazas de vela y remos con objeto de ir al susodicho pueblo a preparar el alojamiento del rey y los personajes de la comitiva; se echaron anclas para fondear los barcos y se arriaron las velas.

Serían las cinco de la tarde, a punto de iniciarse el crepúsculo vespertino, por lo avanzado de la estación, cuando Carlos, con su hermana doña Leonor, y todas las damas y damitas de la corte y también varios de los grandes maestros y señores, como el de Chièvres, el de Reulx, el gentilhombre de cámara, Andrés de Duverín, el primer ujier de armas, Guillermo de Ferín, el contador Pedro Boisot, el Secretario Don Antonio de Villegas y algunos más, entraron en el bote grande y, una vez dentro, escoltado éste por otros botes y barcos ligeros, a fuerza de remos, se dispusieron a pasar la Barra, —canal angosto que constituye la boca de la ría de Villaviciosa—, la cual llega hasta la misma villa.

Mientras tales cosas sucedían por la parte del mar, otras muy distintas ocurrían tierra adentro.

Ya desde que vieron aparecer en lontananza los bajeles de aquella numerosa flota que con las velas tendidas al viento simulaban fantásticos castillos flotantes, los montañeses y marianes de las cercanías contemplaban atentos y sorprendidos sus

evoluciones, creciendo por momentos su asombro, ya que naves tan gruesas no acostumbraban a presentarse por tan apartados parajes, y en todos los alrededores no había puerto ni bahía capaces para recibirlas ni tenerlas, por lo cual les intrigaba cada vez más saber quienes eran sus ocupantes, y si la flota seguiría más adelante o no. A medida que se aproximaban los barcos sentían mayor inquietud, pensando si acaso serían naves enemigas, bien turcos o franceses, que querrían aprovecharse del desamparo en que se encontraba aquel litoral para hacer alguna de las suyas, y cuando ya los tuvieron muy de cerca se confirmaron en su sospecha, tratando de agruparse en el mayor número posible, armados todos con palos, según la costumbre del país, y portando consigo dardos, jabalinas, espadas y puñales a fin de repeler cualquier ataque por sorpresa. Algunos aprestábanse ya a la defensa emboscados en sitios estratégicos. Se mantuvieron un rato perplejos, y, para salir de una vez de su incertidumbre, acordaron enviar espías y exploradores a la ribera, al objeto de informarse bien de lo que se trataba; qué gentes eran, qué aspecto tenían y si intentaban saltar a tierra. Mas cuando presenciaron el transbordo a los botes, en medio de gran bullicio y algazara, y los espías no vieron más que señores inermes y muchas señoras y señoritas, entre ellos, percibiendo palabras de una jerigonza ininteligible, comprendieron que no estaban en lo cierto al creerlos enemigos y, de pronto, les vino a las mientes la noticia que circulaba insistentemente de la próxima llegada a Castilla de su nuevo rey, aunque jamás hubiesen imaginado que pudiese arribar a aquellas costas inhospitatorias.

Para cerciorarse de ello, uno de los exploradores se aventuró a acercarse tanto a la orilla del mar, ocultándose entre hayas y matorrales, que reconoció en seguida las armas de Castilla en las grandes banderas que ostentaba la falúa del rey y al instante fué a comunicar su descubrimiento a los reunidos. A su vez, vista la actitud poco tranquilizadora que ofrecían nuestros pai-

sanos, la mayor parte de la gente de los barcos que hablaban buen castellano, decidieron saltar a tierra y anunciar a los del país la venida de don Carlos, con cuyo anuncio la duda y el temor se convirtieron en alborozo y seguridad. La buena nueva presto se difundió por la comarca de Villaviciosa.

Entre tanto la falúa real, toda engalanada, había atravesado la difícil barra, avistando a la derecha la dársena de El Puntal y a la izquierda un retazo de la playa de Rodiles, una de las mejores de Asturias, y proseguía surcando las tranquilas aguas de la enanchada ría. Escuchemos ahora, textualmente, a Laurent Vital, testigo presencial de los hechos que narramos: "Y aunque, a casi un cuarto de legua de allí —es decir, del punto donde se realizara el transbordo— había un pueblo y puerto de mar llamado Astazonnes (Tazones), no obstante eso no fueron allí, por tratarse de un lugar demasiado malo para alojar a tantas gentes de bien, a causa de que a unas dos leguas de allí —la ría de Villaviciosa tiene una longitud de ocho kilómetros— había una buena villa donde se verían mejor alojados que en el dicho Tazones. Fué allí el Rey, a fuerza de remos, conducido por una ría de agua salada que penetraba en el interior del país, y llegaba la ría hasta aquella villa, llamada Villaviciosa."

Por la franja cristalina de la ría, avanzaba la falúa real, mientras subía la marea, entre la maravilla de Selorio a un lado, y esa perla marítima, que se denomina San Martín del Mar, al otro. A ambas márgenes, de frondosa exuberancia, salían habitantes, llenos de curiosidad o sobrecogidos de pasmo, a presenciar aquella cosa nunca vista.

Pocos señores trataron de seguir al rey, por haber sabido de algunos de los camaradas de viaje que conocían bien el país, que ni en dicha localidad de Villaviciosa ni en sus alrededores encontrarían adecuado alojamiento. ¡Terrible plaga de langosta la que estuvo a punto de invadir aquellos contornos! como diría el jocundo Tirso de Avilés. Entre tripulación y pasajeros rebasaban la cifra de cinco mil las personas que venían en los bar-

cos, optando, por tanto, la mayoría de las personalidades por quedarse en ellos y permanecer a la expectativa. Y aun muchos de los que, por razón de su cargo, habían forzosamente de seguir al monarca, tuvieron que aguardar a mitad de camino, pues ni las pinazas ni los botes pudieron tan pronto recogerlos. Así que Carlos desembarcó en la villa de Villaviciosa con lo más imprencindible de su séquito. Eran aproximadamente las ocho de la tarde, ya noche cerrada, limpia, transparente; en lo alto, resplandecían las estrellas, talladas como piedras preciosas. El día, el 19 de septiembre de 1517; la hora, casi coincidente con la pleamar.

EL DESEMBARCO

¿Dónde se efectuó el desembarco? A lo largo de la ría que bordea la villa y va desde la Espuncia, pasando por el Porreu, hasta el puente de Huetes o puente de las gabarras, hay diversos parajes, donde, aprovechando la pleamar, pudieron haber desembarcado Carlos I y los demás señores de su escolta sin que quepa precisar el sitio exacto. Un viejo tío mío, que residió gran parte de su existencia en Villaviciosa y que fué marino, solía decirme, cuando yo era niño, que Carlos había desembarcado en el Porreu. El dato no es recusable, tanto que hoy me suena a eco lejano de la tradición oral.

Si así ocurrió, y a mi me complace la ocurrencia, por los gratos recuerdos que conservo de aquellas marismas, la primera tierra de España que Carlos pisó sería la de El Salín, utilizado como desembarcadero. Dios había querido que, al tomar contacto con la tierra española en Villaviciosa, Carlos llegase a su Principado. ¿No era acaso él Príncipe de Asturias, según las viejas leyes de Castilla?

Fray Prudencio de Sandoval, en su "Historia, vida y hechos del emperador Carlos V" refiere, con unas miajas de sátira, que "había una profecía que decía que del charco vinoso vendrían

muchas gentes en caballos de madera, acompañando al gigante. Y así se cumplió." Supone el mismo obispo que Carlos fué muy bien recibido por todos los caballeros y nobleza de Asturias que, aunque pobres, son grandemente cumplidos y largos en regalar a buenos. Yo también lo supongo, aunque los textos no proporcionan ningún dato sobre el particular. También en regia carta que en 29 de Octubre de 1518 suscribieron doña Juana y su hijo Carlos, otorgando privilegio de exención de pagos a los vecinos y moradores de la villa de Villaviciosa, se dice que el rey "fué muy bien recibido por el concejo y vecinos de la villa."

Carlos y su comitiva entraron, pues, en la villa por el paseo de El Salín, siguieron por la hoy calle de la Oliva e ingresando por la puerta que tenía la cerca por detrás de la iglesia de Santa María, continuaron por las calles del Español y del Agua, yendo directos a la noble casa de Hevia, donde el Rey y su hermana doña Leonor tenían preparado su alojamiento. El propietario de dicha casa, sita en la calle del Agua, y que lleva en la actualidad el número 31, era D. Rodrigo de Hevia, chantre a la sazón a la Santa Iglesia Catedral de Oviedo. Todavía se muestra a los curiosos la habitación que ocupó Carlos I. Yo estuve una vez de niño en esa casa y me senté orgulloso en un sillón de asiento de cuero repujado que me decían ser el mismo donde se sentara el príncipe Carlos cuando allí se aposentó, pero sin duda me engañaban, porque ya hacía algunos años que los últimos poseedores de la casa de Hevia habían cedido al Museo de Artillería la silla, la cama y la tosca mesa de nogal de que se sirviera Carlos de Gante. Tal vez ese sillón sería uno de los que daban frente a un gran retrato del emperador, para que nadie se sentara dándole la espalda, si bien yo no recuerdo haberlo visto. Esto que cuento ocurría a principios del presente siglo.

Los demás de la comitiva fueron distribuidos por otras casas más o menos distinguidas de la villa, cuyos vecinos habrán pasado buenos apuros para alojar a tantos nobles huéspedes, que yo calculo excederían con mucho del centenar.

Mientras los dejamos aposentándose lo mejor posible, dada la escasez de medios y lo inesperado de la visita, asaz nos satisface sentar la afirmación de que la historia, a veces, se repite, pues de un acontecimiento similar al que acabamos de referir fueron testigos presenciales, trescientos sesenta y siete años después, vecinos de Villaviciosa que acaso aun vivan. En la mañana del 31 de agosto de 1884, entraban triunfalmente por la ría de Villaviciosa, procedentes de Gijón, SS. AA. RR. las infantas Isabel —Princesa de Asturias dos veces— y Eulalia de Borbón, hermanas de Alfonso XII, para girar una visita a la villa. Era entonces ministro de Fomento don Alejandro Pidal y Mon, oriundo de Villaviciosa. Venían las Infantas en una lancha lujosamente adornada, tripulada por varios marineros de Tazones que vestían sus trajes de gala, acompañándolas lucido cortejo de damas y caballeros que ocupaban otras embarcaciones empavesadas. Por las verdes praderas que bordean la ría había estacionado gran cantidad de público presenciando el desfile.

En El Salín saltaron a tierra las augustas visitantes entre los vítores y aclamaciones de la muchedumbre, los estampidos de los cohetes y los acordes de la música. El desembarcadero hallábase alfombrado y enarenado el pasco de El Salín, donde se alzaba un artístico arco, iniciando su marcha la comitiva por la calle de la Oliva para dirigirse, por la del Sol, hacia el centro de la villa que aparecía toda engalanada. Ya dentro de la villa, una de las visitas que las Reales Damas tuvieron mucho empeño en verificar fué a la antigua casa de Vaqueros, o casa de los Hevia, con objeto de conocer la mansión que en otros tiempos hospedara al Emperador Carlos V cuando, procedente de Flandes, desembarcó primeramente en España.

Y ya es hora de que hablemos algo acerca de este famoso desembarco. Corre como especie válida por la mayor parte de las Historias nacionales y extranjeras, aun las más recientes, la de que Carlos I desembarcó en Tazones, pequeño puerto de Villaviciosa de Asturias. Aun los mismos descendientes de la casa de

Hevia aseguraban, a fines del pasado siglo, que existía en su archivo un pergamino original, donde constaba que el Emperador, después de *desembarcar en el puerto de Tazones*, había posado en Villaviciosa en casa de don Rodrigo de Hevia, chantre de la Catedral de Oviedo. Hasta el propio Ayuntamiento de Villaviciosa, en 15 de marzo de 1889, adoptó el siguiente acuerdo que pasamos a transcribir, extraído de sus libros oficiales: "Con objeto de conmemorar la fausta fecha que ha quedado señalada en la HISTORIA, en la que la *escuadra española* arribó en el *puerto de Tazones* con motivo de la llegada en ella del emperador Carlos V, se acuerda adquirir y colocar en la fachada que mira al mar de la capilla de San Roque, una lápida que recuerde el acontecimiento." Los subrayados son nuestros. Y, en fin, en una gran HISTORIA DE ESPAÑA, escrita por especialistas, uno de ellos, D. Luis Ulloa Cisneros, en su trabajo "Los reyes Católicos y la unidad nacional" estampa las palabras que a continuación reproducimos: "El 19 de Septiembre D. Carlos y su comitiva desembarcaban en el pequeño puerto de Tazones, no lejos de Gijón, en Asturias. Túvose por feliz presagio para el futuro reinado el hecho de que ni el Príncipe ni su hermana se marearon en la travesía. No fué ésta completamente feliz, sin embargo, porque una de las naves de la flotilla pereció incendiada con todos sus tripulantes, no lejos de la costa asturiana." Pues bien; ni el desembarco fué en Tazones, como luego probaremos, ni el Príncipe y su hermana dejaron de marearse, por lo menos una vez, ni el incendio de la nave ocurrió cerca de la costa asturiana, sino en el canal de La Mancha, por donde transitaba la flota la noche del 8 de Septiembre. "...Y sucedió —se lee en "Estancias y viajes del Emperador Carlos V..." por Manuel de Foronda y Aguilera— que a la primera noche afortunadamente, —lo mismo anota Laurent Vital— el navío en que estaba la caballeriza del rey y Montruchard por jefe, se incendió, con todos los que estaban dentro." La noticia la toma, al parecer, don Manuel de Foronda de una de las cuentas, la 12ª, de Pedro Boisot.

Son inexplicables las contradicciones en que incurre Foronda en su conocido libro. Así, por ejemplo, declara: "19 Septiembre. En el mar. El Rey de Castilla comió a bordo, desembarcó al anochecer en un puerto llamado *Stasoins* (Tazones) país de *Sture* (Asturias)." y, pocos renglones más abajo, añade: "y a remo se dirigieron a tierra, *pasando a lo largo de un pueblecito llamado Tazones*, por no tener condiciones para alojar a la comitiva." (De la misma cuenta 12ª de Pedro Boisot).

Nada menos cierto que lo del desembarco en Tazones. No obstante, a mi juicio, asiste cierta razón tanto a los que afirman que Carlos I desembarcó en Tazones, como a los que aseveran que el desembarco se efectuó en El Puntal o en Villaviciosa. Expliquémonos. Si se entiende por desembarco lo que es más bien transbordo, o sea, el traslado de Carlos desde la Nao Real al bote, chalupa o falúa —como quiera llamarse— que le condujo por la ría hasta la misma villa, éste se realizó, en efecto, entre Tazones y El Puntal, lugares ambos del concejo de Villaviciosa, pero hay que tener presente que el monarca no puso pié en tierra hasta que llegó a la villa, que es donde, por tanto, se realizó el verdadero desembarco. No hay, pues, que confundir Villaviciosa (concejo) con Villaviciosa (villa) ni considerar desembarco el salir de una nave en el mar para meterse en otra, sea grande o pequeña, a lo que propiamente se denomina transbordo. Por eso afirmamos que Carlos desembarcó en la misma villa de Villaviciosa, aunque carece de puerto. Tanto Laurent Vital, como monseñor D'Herbays, como Juan de Vandenesse, como nuestro Tirso de Avilés, como el propio Carlos, en varias cartas y documentos, y el bien informado Pedro Mártir de Angleria, atestiguan de una manera fehaciente que el desembarco se llevó a cabo, como afirmo, en la misma villa de Villaviciosa. Vamos a aducir los correspondientes textos que comprueban nuestras aserciones.

El flamenco Lorenzo Vital, en el relato más circunstanciado y aproximado a la verdad que lleva por título "Le voyage de Charles d'Autriche, depuis empereur 5 de ce nom, en Espagne,

par Laurent Vital, serviteur domestique du dit prince", según el texto de Wringhe, reproducido por Gachard en la "Collection des voyages des souverains des Pays Bas" y fielmente traducido por J. García Mercadal, escribe: "Mas, aunque el rey fué, después de sus furrieles, el primero en embarcarse (en el consabido bote), a eso de las cinco de la tarde, y fué rápidamente por el gran número de remos que con toda diligencia le conducían (por la ría hasta la villa), no pudieron moverse tan bien que no fuese noche cerrada antes que llegase a Villaviciosa".

Monsr. D'Herbays, en el manuscrito que de él se conserva en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, rotulado "Description des voyages, faits et victoires de L' empereur Charles V de ce nom, et ce qui est advenu jusques à son retour de Argel: Escrip^t de la propre main de monsr. de Herbays de la chambre de sa dicte Mte. et chevalier de L'ordre de Saint Jacques à savoir des l'an, mil cinq cens et quatorce jusques à l'an mil cinq cens et quarente deux. Ce qu'il à tout veu pour y avoir esté present et fait les mesmes voyages avec que la dite Mte." consigna, conforme al texto que reproduce D. Manuel de Foronda en el libro intitulado "De Llanes a Covadonga", lo siguiente:

"En l'an mil cinq centz dix sept... arrivarent y prinrent port en Espagne à Ville viciouse le XX^a jour du dict an..." o vuelto en nuestro romance, "En el año mil quinientos diez y siete... llegaron y tomaron puerto en la Villa viciosa el día veinte del año dicho..." Se observará que la fecha es inexacta.

El borgoñón Juan de Vandenesse, en el "Diario de los viajes de Carlos V" que figura también en la "Collection" de Gachard, estampa estas palabras que transcribimos literalmente: "Y el 7 de Septiembre del dicho año diecisiete, el dicho rey, doña Leonor su hermana, con varios señores y damas, dejando a su tía, se embarcaron en el puerto de Flessinga, en Zeelanda, y se dieron a la vela, donde ocurrió que la primera noche por fortuna, el barco en que iba la caballeriza del dicho rey, llevando a Montruchard por jefe, se quemó con todos los que estaban den-

tro; (Laurent Vital afirma que perecieron ciento sesenta personas, pero de escasa importancia, salvo Montruchard); y los demás sin inconveniente llegaron y tomaron puerto en España, en Villaviciosa, el día 20 del dicho mes (vuelve a ser inexacta la fecha), donde desembarcaron todos (tampoco es verdad), y fueron por sus jornadas hasta Tordesillas, donde estaba la reina madre..."

Nuestro Tirso de Avilés, que apenas si fué coetáneo, y mucho menos testigo presencial de algunos de los hechos que relata en sus "Cosas notables que acontecieron en la ciudad de Oviedo y en el Principado de Asturias desde el año 1516 en adelante", pues Tirso debió de nacer aproximadamente por la fecha en que Carlos I vino por primera vez a España, según el cómputo hecho por D. Martín Andreu Valdés Solís, refiere lo que a continuación trasladamos: "1517. Aportó el Rey don Carlos en Villaviciosa a diez y nueve del mes de Septiembre del año de mil quinientos diez y siete. E vinieron en su flota muchos españoles y flamencos. Había pestilencia en Oviedo, e dexó de se venir por la ciudad, e fué camino de Colunga e Ribadesella e Llanes e camino de Aguilar de Campo, e fué a Tordesillas donde se vino de que besó las manos a su madre la Reyna Doña Juana."

Debo advertir que algunos de los sucesos particulares que refiere Tirso fueron de los que tuvo conocimiento inmediato por el relato de "testigos de vista", y entre esos sucesos quizá figure éste.

En cuanto al propio rey Carlos I, en carta dirigida el 19 de Septiembre de 1517, al Concejo, justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la villa de Madrid, se expresa en estos términos: "Hoy día de la fecha de ésta, Yo e la Ilustrisima Infanta Doña Leonor mi muy cara y amada hermana, con toda nuestra armada llegamos a este puerto de Villaviciosa, buenos a Dios gracias, con buen viaje que habemos hecho. Escribimosvosla porque sé que de ello habréis placer. De la Nao Real a 19 días del mes de Septiembre 517 años." —Yo el Rey— Por su mandado, Antonio de Villegas".

También al día siguiente del desembarco, o sea, el 20 de Septiembre, escribió Carlos, entre otras, una carta al Virrey de Cerdeña participándole que el día 7 de Septiembre se embarcó con la infanta doña Leonor en el puerto de Flessinga, que el martes a la madrugada se hicieron a la vela y a los 19 del mismo mes desembarcaron con buen tiempo y salud "de nuestra persona" en la villa de Villaviciosa, donde está fechada la carta.

Igualmente, en el real documento vinculatorio de la casa de Hevia, representada entonces por D. Rodrigo, dice el mismo Carlos: "Acatando algunos servicios que nos habéis fecho, especialmente que cuando yo el rey vine de nuestro señorío de Flandes a estos nuestros reinos e aporté en la dicha villa de Villaviciosa, posé en vuestra casa donde me hicisteis algunos servicios..."

Por último, Pedro Mártir de Angleria, en su Epist. 559, con-signa que el Rey tuvo que dirigirse a una villa conocida por el nombre de Villaviciosa y allí—ibi—desembarcó.

Queda, en consecuencia, comprobado hasta la saciedad por testimonios fidedignos que Carlos I desembarcó en la villa de Villaviciosa y no en Tazones, como se cree por muchos. De veras sentimos tener que arrebatarse al simpático pueblecito de Tazones, fundado, al parecer, en remotísimo pasado, la dulce ilusión que acaricia de que en sus riberas haya desembarcado Carlos I o de que, al menos, su pequeña dársena haya albergado —cosa imposible— la poderosa flota del futuro Emperador.

Sobre el desembarco de Carlos I en España no nos faltan tampoco relatos pintorescos. Recientemente la conocida escritora francesa Simone de Beauvoir, en su novela existencialista "Tous les hommes sont mortels", narración que es una especie de cóctel literario en que se entremezclan fantasía y realidad, como en la vida de cada cual, se complace en evocar un trozo del pasado histórico, como vivido por su protagonista el conde Fosca, trayendo largamente a primer plano la interesante figura del emperador Carlos V, entonces adolescente pálido, de aire inexpresivo, de boca entreabierta, con el labio inferior caído, y

he aquí en qué términos, que merecen conocerse, refiere su arribo forzoso a Villaviciosa:

“El 19 de Septiembre divisamos la costa de Asturias. La ribera estaba desierta, en el flanco de la montaña vi una larga caravana: niños, mujeres, ancianos, caminaban detrás de sus mulas cargadas de bultos y parecían huir. De pronto, una salva partió del matorral. Las damas de la corte empezaron a lanzar gritos y los marinos alzaron sus fusiles. El rostro de Carlos permanecía impassible; miraba en silencio esa tierra que era su reino; esa brutal acogida no le sorprendía: no había venido en busca de felicidad. Hubo una nueva descarga; grité a voz en cuello:

—¡España, es tu rey!

Toda la tripulación repitió ese grito y observé un movimiento en los matorrales que bajaban hacia el mar; un hombre se acercaba arrastrándose. Sin duda había reconocido las armas de Castilla en los grandes estandartes del rey, pues se irguió agitando su fusil y gritando: —“¡España! ¡Viva el rey!” Entonces de atrás de los matorrales y de los peñascos los montañeses salieron gritando “¡Viva don Carlos!” Más tarde nos dijeron que al ver que nuestra flota era tan numerosa creyeron que se trataba de una agresión de los bárbaros.

“Llegamos a Villaviciosa. No habían hecho ningún preparativo para recibirnos y la mayor parte de los señores y hasta de las damas tuvieron que dormir sobre paja. Al amanecer reanudamos la marcha. El rey montaba un caballito que le había procurado el embajador de Inglaterra, su hermana Leonor cabalgaba a su lado. Las damas del séquito iban en carretas arrastradas por bueyes. Muchos caballeros iban a pié. El camino era rocoso y avanzábamos con dificultad bajo el duro cielo azul. Nadie en las encrucijadas de los caminos, nadie en los campos ni en las rutas: una epidemia assolaba la región y se había prohibido a los habitantes que se desplazaran. Sin embargo, Carlos parecía insensible a la crueldad del sol, a la hosquedad del paisaje;

nunca demostraba impaciencia ni fastidio. Parecía que, contrariamente a las previsiones de los médicos el clima de España fortificaba su salud...”

A su vez, Dolores Medio, en su laureada novela “Nosotros, los Rivero” hace referencia al desembarco de Carlos I en El Puntal—inmediaciones de Villaviciosa— recogiendo uno de los cabos de la tradición popular.

LA ESTANCIA

Como decíamos anteriormente, el rey y su hermana Leonor quedaron aposentados la noche de su llegada a Villaviciosa en la casa del chantre de Oviedo don Rodrigo de Hevia. Como era ya tan tarde no tuvieron tiempo a desembarcar bagaje alguno—principalmente los relativos al arte culinario— por lo que estando bastante mal abastecido el pueblo, por duro contraste con su sobrenombre, no lo pasaron ni medio bien. Como es natural, nada se había preparado al no contar con tan inesperados huéspedes, y así, haciendo de la necesidad virtud, damas y caballeros, puestos a la obra, se condimentaron, como supieron, sus cenas, en medio de un gran desconcierto. El rey y su hermana, dadas las circunstancias del caso, lo disculpaban todo. No disponían sino de pan, huevos y carne de cerdo, con una buena cantidad de manteca para hacer frituras, y si no fuera porque el despensero del rey había reservado algunas viandas en conserva, en previsión de lo que pudiera acontecer, hubiesen cenado francamente mal los que estaban acostumbrados a los opíparos banquetes que menudeaban en la fastuosa corte de Flandes.

Mientras se improvisaba la cena, el monarca tuvo copioso despacho oficial con su Secretario D. Antonio de Villegas, dirigiendo sendas cartas a las autoridades de la villa de Madrid, a don Juan de Aragón, al conde de Ribagorza, al Lugarteniente del Proto-Notario Lope de Soria, a las ciudades de Avila y Burgos, y a los Concelleres de Barcelona, participándoles su feliz llegada y

desembarco en Villaviciosa. Muchas, muchas cartas, pero al Cardenal Cisneros, al Regente de Castilla, no le participó el desembarco, que nosotros sepamos, ni tampoco contestó a la epístola que había recibido de él, a raíz de su partida de Flandes, epístola en que le daba consejos de cómo convenía que obrase desde que pusiese el pie en tierra hispana, e insinuándole cuán discreto sería, para no molestar el sentimiento nacional, evitar que los cortesanos extranjeros que con él vinieran interviniesen en los asuntos de Estado y obtuviesen cargos y oficios públicos. Bien nos consta el caso que hizo Carlos de tales consejos y cómo se comportó —no en vano eran sus conterráneos— con aquellos flamencos” de costumbres galantes y frívolas, que vestían trajes de lujosa magnificencia, de seda, terciopelo, o tela bordada de oro o plata, y que llamaban a los españoles “sus indios”, porque traían, al venir a España, el mismo propósito de apoderarse rápidamente de la mayor cantidad de oro”, al decir del cronista Sandoval que no ocultaba su inquina contra los flamencos.

Al día siguiente de la llegada, domingo, 20 de septiembre, la mayor parte de los señores y grandes maestros que se habían quedado a bordo en los grandes barcos fondeados en la zona marítima comprendida entre Rodiles, El Puntal y Tazones, enviaron a Carlos, a hora temprana, un emisario para informarse de cómo había descansado y consultándole si era su deseo que desembarcasen o no. El rey mandó a decirles que harían mejor en quedarse sobre el agua y seguir hacia el puerto de Sainte Andere (Santander) que no trasladarse a aquella pequeña villa donde estarían mal alojados y pobremente servidos, y donde con muchas dificultades podrían procurarse carretas o mulas para llevar sus bagajes por entre aquellos desiertos y altas montañas de Asturias que forzosamente tenían que pasar. De modo que era su decisión que le aguardasen en Santander y que en breve allí se encontrarían. Recibidas tales órdenes, y por sobrevenir de pronto una mutación favorable del viento, los pilotos levaron anclas y largaron vela, navegando tan bien que al día siguiente llegaban al puerto de Santander.

Despachado el emisario, por ser domingo, lo primero que debió de hacer el monarca—ningún domingo ni fiesta de precepto dejaba pasar Carlos sin ir a oír misa a la iglesia mayor de los pueblos del recorrido— sería oír la, bien en la cercana parroquia de Santa María, tan antigua como la villa—siglo XIII—, bella iglesia, perteneciente al período de transición del románico al gótico, llamada hoy la iglesia de abajo, por haber sido convertida en parroquial la de arriba o de San Francisco, a principios del siglo XIX, cuando la expansión del pueblo, o bien ante la capilla portátil que viniera de El Puntal, entre los demás bagajes, a eso de las ocho de la mañana. Más tarde hubo de recibir el rey a los regidores de la villa que fueron a saludarle y darle la bienvenida, excusándose, puestos de rodillas, de no haberle cumplimentado la noche anterior por lo intempestivo de la hora de su llegada, y a ofrecerle el presente de varios pellejos de vino, doce cestos de pan blanco, seis vacas y veinticuatro corderos, presente que, aunque no fuese digno de tan excelsa persona, era acomodado al escaso poder de la villa, “que no tiene otra cosa que amor y buena voluntad”. Carlos no entendía pizca de castellano y era el Secretario D. Antonio de Villegas quien, sirviéndole de trujamán, le hacía saber lo que decían los regidores de la villa. “Nadie, desde luego, podría sospechar—apunta a este propósito Oliver Asín—que quien hubiera de convertir el español en un nuevo latín—es decir, en una lengua universal—fuese aquel joven monarca que, en Villaviciosa, en 1517, pisaba por vez primera la tierra de su madre: era entonces un muchacho que, si bien hablaba francés y flamenco, y conocía algo el alemán e italiano, ignoraba el español. Tanto él, como los hombres de confianza que trajo consigo, tenían que servirse de intérpretes”.

Luego que acabaron de hablar los representantes de Villaviciosa, el rey, por medio de Villegas, agradeció mucho el obsequio, acordándose sin duda de tantas bocas como tenía a su alrededor, quedando los visitantes muy satisfechos de la acogida.

Luego de despedir el rey a las autoridades de Villaviciosa que fueron a complimentarle, tuvo nuevo despacho oficial con su secretario, don Antonio de Villegas y se dispuso a dirigir, entre otras cartas, una al Virrey de Cerdeña, en que le participa su desembarco el día 19 de Septiembre, con buen tiempo y salud de "nuestra persona", en la villa de Villaviciosa.

La tarde del domingo probablemente la dedicarían los del séquito del monarca a recorrer la cercada villa, observando las particularidades de su reducido caserío y a examinar las vistas de sus afueras, no para recrearse en ellas, porque aún no se había desarrollado el gusto por los paisajes campestres, sin duda por estar el hombre todavía demasiado cerca de la Naturaleza. De seguro se detendrían delante de la típica casa llamada del *Ecce-homo* a contemplar la efigie sanguinolenta de Cristo y al pie está redondilla, tan punzante para los cristianos tibios:

—Tú, que pasas, miramé;
contempla un poco mis llagas
y verás cuán mal me pagas
la sangre que derramé.

Al día siguiente, lunes, 21, en honor del rey y para festejarle a él, a las damas y al resto de los acompañantes se hicieron correr toros delante de su alojamiento. Estas corridas de toros—nos informa Laurent Vital—se celebran poco más o menos de esta manera: se escoge una plaza amplia y espaciosa, cerrándola para seguridad de los espectadores y para que nadie penetre en el recinto más que los designados *ad hoc*.

Los toreadores, a pie, y con apretados justillos que les permitan correr y defenderse de los cornúpetos, llevan cada uno la espada en la mano.—

Se hace salir del chiquero un toro y entrar dentro del recinto; el astado se muestra sorprendido al ver tanta gente junta y a causa de que a todas partes adonde se dirige halla el paso ce-

rrado. Para engañarle más y enfurecerle los peones le clavan ocho o diez pares de banderillas de diez pies de largas. Los toros, o becerros, con esto y el vocerío del público se enardecen y encrespan y se lanzan a correr como locos, persiguiendo al primer lidiador que encuentran por delante y si el perseguido se halla en grave aprieto, los compañeros, para salvarle, acosan a la fiera, dándole pinchazos y sablazos, y cuando calculan que se ha divertido bastante a los espectadores, los diestros con sus espadas desjarretan al toro; de ese modo la fiera se ve obligada a doblegarse y, finalmente, a acostarse, puesto que ya no puede seguir teniéndose sobre sus patas, hasta que, a la postre, la matan y arrastran fuera del recinto para repetir idéntica brega con otra.—¡“Spectacle sauvage!”—exclamaría para sus adentros, con un retruécano, el canciller Juan de Sauvage, que presenciaba la corrida.

Los toros o toretes, al parecer, dieron mucho juego; eran muy fieros y se defendían bien, logrando hacer pasar un buen rato a la comitiva del monarca.

Como el propósito de Carlos era detenerse en Villaviciosa sólo las jornadas suficientes para descansar de las molestias de la navegación y ya se encontraba repuesto de sus fatigas, decidió, después del festejo, que fué muy celebrado por la novedad, que al día siguiente, martes, 22, se efectuasen los preparativos necesarios con el fin de emprender la marcha en la mañana del miércoles, 23. No se sabe si Carlos indicaría el deseo de visitar a Oviedo, por ser la cabeza del Principado, pero como llegó a él el rumor de que la peste asolaba en aquella ocasión la capital de Asturias, desistió de ir.

Carlos estuvo, por tanto, tres días completos en Villaviciosa, el 20, 21 y 22 de Septiembre—durmiendo en ella cuatro noches. “En la dicte Ville de Villaviciose—cuenta Laurent Vital— ne coucha le Roy que quatre nuictz...” Y en la Escritura de fundación del vínculo de la casa de Hevia se corrobora en una de sus cláusulas que “el inclito e muy poderoso rey D. Carlos, viniendo

primeramente en estos sus reinos de España, desembarcó en la su villa de Villaviciosa, que es en la marítima de su principado de Asturias y, desembarcado, fué aposentado en las casas de don Rodrigo de Hevia, chantre a la sazón en la santa iglesia de Oviedo, *a do estuvo dende un sábado en la noche hasta el miércoles siguiente que partió.*"

Amaneció buen día el miércoles, 23 de Septiembre, último de la estancia, y a media mañana salió el rey de la villa de Villaviciosa con su séquito. Es verosímil que Carlos fuese montado a caballo, y no en litera o silla de manos; también iban a caballo los demás señores y algunas damas y damiselas y parte de éstas en carretín descubierto. Seguía detrás una interminable caravana de carretas y mulos que los furrieles y alguaciles habían requisado con gran trabajo los días anteriores para transportar los bagajes del rey y de sus gentes. Es de presumir que el pueblo de Villaviciosa saliese en masa a despedir a su rey, oyéndose recios vivas a don Carlos y a doña Leonor. Tanto en la villa, como en los caminos del tránsito, se veía gran cantidad de gentes de a pie, todas armadas con palos, que habían bajado de los villorrios y caseríos de los alrededores para ver a su nuevo señor. Muchos caballeros de Asturias, en posesión de plazas, castillos y aldeas, al frente de sus súbditos, se presentaban a hacerle la reverencia al monarca y besarle la mano, a usanza del país, sumándose algunos a la comitiva, que, partiendo de la calle del Agua y atravesando la del Sol, las dos rúas de la villa, se dirigió por la hoy plaza de Pidal hacia el camino carretero de Colunga. "Le XXIII de septembre—refiere Laurent Vital—le Roy se partit de Villaviciose et ne feist pour ce jour que trois lieues, pour venir au giste à ung bourgage nommet Coulonghe..."

Por la umbrosa calzada de Colunga se fueron amortiguando los ecos de la rumorosa caravana que paulatinamente se perdió de vista, reintegrándose de nuevo el pueblo a su vida habitual. De este acontecimiento extraordinario quedó indeleble recuerdo en la memoria de los vecinos de Villaviciosa, recuerdo que se

fué transmitiendo de generación en generación hasta nuestros tiempos, aunque desfigurado cada vez más en sus detalles, y quedaron también posadas para siempre las águilas bicéfalas austriacas en los escudos de las casas solariegas de amplios aleros y luengos corredores, algunos de cuyos ejemplares, que aun se conservan, gusta de contemplar el culto pasajero que por curiosidad visita la florida y hermosa villa, "villa de plata", como la llamó uno de sus poetas locales, aunque mejor la llamaría yo "villa de oro", por el de la sidra y el de sus corazones.

* * *

Villaviciosa, —diré para concluir—, villa que recibe el sobrenombre de *viciosa*, por estar situada "en lugar tan apacible y fértil de todas las cosas; porque goza del mar y de la opulencia de la tierra", tiene por timbre de su mayor gloria cuanto queda referido en las páginas anteriores, o sea, el desembarco y estancia de Carlos I de España dentro de sus altos y fuertes muros, más tarde desaparecidos.

